

TAIWAN CRUEL

Pierre Gillet

“La pesca sobre los atuneros taiwaneses es la cárcel”, explica largamente Alberto de León, joven filipino de 34 años, originario de la isla de Enz. Como millares de jóvenes taiwaneses su sueño era dejar la pesca del villorrio que nada aporta y embarcarse al extranjero. Las listas de espera de los que postulan es tan numerosa que Alberto ha debido pagar muy caro su embarque. En los barcos “reventaban” con el trabajo de 12, 19 y a veces 21 horas y en campañas de hasta dos años. Un infierno por un salario miserable. Lo convenido era que después de 6 meses cobrarían 30.000 pesos (US\$1.000) y un porcentaje por las horas suplementarias.

El contrato parecía justo pero junto a Alberto, la tripulación desembarcó con sólo 18,000 pesos (US\$600) en el bolsillo. Cuando reclamaron por el saldo que aún se les adeudaba, el agente reclutador con quién habían firmado el contrato los envió a la justicia sabiendo que estos muchachos pueblerinos no irían muy lejos.

Son miles los que aportan así una mano de obra sumisa y barata. Los capitanes de Taiwán, Corea y Japón pueden reclutar hasta un 40% de extranjeros y ellos no se privan en el uso de ese derecho. Recoger las largas líneas en cadencia con los montacargas, es un trabajo de equipo que exige una atención sostenida. Cualquier retardo en la cadencia o error de manipulación recibe una lluvia de golpes. Nadie en efecto habla el mismo idioma. Los oficiales chinos no pueden siquiera comunicarse con su tripulación taiwanesa, quienes son las más de las veces aborígenes que hablan uno de los 17 dialectos tribales de la isla. Los puños y la barra de fierro son el único idioma abordado. ¡Con mayor razón si se trata de filipinos, indonesios, o mauricios!

Jean Vacher, de la isla Mauricio, quién es también pescador, ha documentado más de 240 casos de filipinos que han sido golpeados o maltratados como consecuencia de estos tratamientos brutales. “El ambiente a bordo”, dice, “es siempre tenso nadie se interesa por la suerte que pueda correr su vecino, se vive en medio de una atmósfera cargada de sospechas entre los grupos étnicos y las riñas son frecuentes”. A mediados de Enero de 1991, una de estas batallas degeneró en motín. El capitán y 4 taiwaneses fueron muertos a bordo. También murieron filipinos. Los sobrevivientes permanecen en la cárcel en la Isla Mauricio.

Mung Ho, un pescador de Taiwán, conoció este infierno. Perdió un ojo en el trabajo quedando sin derecho a atención médica y sin recibir ninguna compensación. No se obtuvo recurso legal alguno de parte del gobierno de Taiwán, en

razón que nunca ha firmado los convenios internacionales que reglamentan el trabajo a bordo (convenio OIT y otros).

Mung Ho, ha vuelto a su trabajo con su ojo de vidrio y como todos los pescadores de altura, sueña con un día poder pescar con los costeros.

Desgraciadamente para él, la sobrepesca y la contaminación han variado las zonas de pesca y las flotas industriales prefieren ir a piratear los mares lejanos desde Chile hasta Senegal.

Estos barcos regularmente son sorprendidos en delito flagrante por pescar sin autorización. En Kaoshiung, el puerto principal, se habla de 300 barcos detenidos. Los oficiales, a menudo exmilitares, se han desembarazado de estas sanciones mediante el pago de las fianzas requeridas abandonando a sus tripulaciones y tomándose el primer vuelo de regreso. Los marineros analfabetos, y que más encima no hablan inglés, ¡se pudren en la cárcel!

En Taiwán mismo, un centro de ayuda para los pescadores, de la Iglesia Presbiteriana, ha denunciado valientemente las causas de este drama. La falta de leyes que protejan los derechos de los tripulantes, el deplorable estado de la seguridad a bordo y las reiteradas violaciones a los derechos humanos. Se estima en más de 2.000 el número de barcos pesqueros perdidos durante los 10 últimos años. Y en esta flota taiwanesa se ha conocido un promedio de 24 muertos al mes. ¡Que escándalo!

La Asociación de los Armadores de Kaoshiung menciona la existencia de un “Fondo de Beneficiencia” (¿para quién?) y no oculta que las empresas obtienen cuantiosos beneficios. En cuanto a las violaciones de los derechos humanos, ¿que hacer cuando estos brutos solo conocen el lenguaje del puño?

¿Uno cree soñar. En pleno siglo XX hemos aquí de vuelta al tiempo de las galeras. Los países ricos se aseguran de mano de obra barata burlándose de las reglamentaciones existentes. El Colectivo Internacional de Apoyo a los Pescadores hace un llamado a sus miembros y simpatizantes para documentar y denunciar estos abusos.

Como resultado de una sesión de trabajo de 3 días en Manila, Filipinas, organismos de apoyo tales como el Centro de Servicios al Pescador en Taiwán y el Apostolado del Mar en la isla Mauricio y en Filipinas coordinarán en lo sucesivo sus acciones.

Gracias por enviarnos toda la información complementaria a la oficina de relaciones de Bruselas y a la oficina de Samudra.